

Viena, y cuyo contenido no era menos halagüeño para Fernando. Flourens compró los documentos que le ofrecían, y los hizo llegar confidencialmente á poder de Alejandro III. Al regresar de Dinamarca, hizo éste el viaje por tierra, deteniéndose en Berlín, en donde recibió la visita del príncipe de Bismarck, quien reiteró al Czar el deseo de Alemania de apoyar la política rusa en Bulgaria. «¿Entonces, qué significa esto?», exclamó Alejandro III, presentando al canciller los documentos búlgaros. Bismarck se turbó, recorrió con la vista aquellos papeles y dijo: «Esos documentos, señor, son apócrifos: me comprometo á probarlo muy en breve á V. M.» El emperador no pareció quedar convencido, é ignórase todavía si las piezas diplomáticas compradas por Flourens eran falsas ó auténticas; mas nadie pone en tela de juicio que contenían la expresión de la verdad, en cuanto revelaban la actitud hostil adoptada por Bismarck respecto á Rusia y sus disposiciones para lo futuro.

El primero de Enero de mil ochocientos ochenta y ocho, debía celebrarse en el Vaticano el jubileo sacerdotal de León XIII. De todas partes iban á afluir á Roma embajadores extraordinarios, diputaciones numerosas, espléndidos presentes: pero el Papa sentía que el poderoso imperio del Norte no se asociara á una manifestación llamada á redundar, según su juicio, en gloria y prestigio del pontificado. Interpuso Francia sus buenos oficios, y el día del jubileo, Alejandro III envió un cariñoso telegrama felicitando á León XIII. Muy agradecido éste, contestó al Czar, sirviéndole también de intermediario el gobierno de la República. El Papa, en su carta, instaba á Alejandro á zanjar diferencias existentes hacía largo tiempo entre el Vaticano y San Petersburgo, y se expresaba en términos tan conciliadores que el emperador de Rusia nombró un encargado de negocios, con carácter oficioso, en Roma, con lo que pudieron llegar ambas partes á un acuerdo en los puntos discutidos. Todo esto vino á confirmar cuán grande era el ascendiente que había adquirido el nombre de Francia en el ánimo de Alejandro III.

Hubo en la República, en breve tiempo, varios cambios de ministerio. Flourens dejó de desempeñar la cartera de Negocios Extranjeros, y á poco surgió un incidente, con el que pudieron malograrse los pasos dados en el camino de la aproximación. Nos referimos al episodio Sagallo. El cosaco Atchinof había organizado una misión compuesta de *popes*, hombres del pueblo, mujeres y niños, para propagar la religión griega ortodoxa y la influencia rusa en Abisinia. La empresa no tenía carácter político, sino privado; pero le daba alguna importancia el propósito anunciado por Atchinof de entrar en Abisinia á través de las posesiones francesas, porque esto podía provocar las reclamaciones de Italia, si la presencia de los rusos en aquellas comarcas creaba dificultades á la Península en sus establecimientos de Massuah. Francia, por tanto, se hallaba entre dos riesgos, el de desagradar á Rusia y el de molestar á Italia. El conflicto, con todo, no era insoluble, y bastaban para conjurarlo algún tino y habilidad; pero Goblet, que reempla-

zara á Flourens, estuvo desacertado: contentándose con la declaración del gobierno de San Petersburgo de serle indiferente, en el terreno oficial, la suerte de la misión Atchinof, y olvidando la irascibilidad religiosa que caracteriza al pueblo ruso, se preocupó únicamente de no disgustar á los italianos. En su virtud, el gobierno de París decidió oponerse al desembarco de los rusos en las costas de Africa, y habiendo sabido que Atchinof, burlando la vigilancia de los cruceros franceses, había saltado en tierra en Sagallo, cerca de Obock, dió al almirante Obry, que ejercía el mando en aquellos parajes, la orden de expulsar á la misión del lugar donde se había establecido, obligándola á reembarcarse, en caso necesario, á viva fuerza. El comandante Veron, encargado por Obry de ejecutar la orden recibida, dirigió un *ultimatum* á Atchinof el diez y siete de Febrero de mil ochocientos ochenta y nueve, y no habiendo obtenido respuesta, según la relación oficial francesa, disparó sus obuses sobre Sagallo, siendo víctimas de la metralla pobres mujeres é inocentes niños. En Rusia produjo el suceso enorme sensación. Laboulaye supo lo ocurrido de labios del mismo emperador, estando en un baile de corte. El diplomático francés apresuróse á manifestar que el desgraciado acontecimiento sólo podía atribuirse á alguna mala inteligencia: el Czar parecía conformarse con esta explicación. Sin embargo, los diarios de San Petersburgo y de Moseou acusaron al almirante Obry de falta de previsión y humanidad, diciendo que el *ultimatum* no había sido comprendido y que Atchinof se preparaba á recibir á los franceses como amigos, cuando el comandante Veron mandó hacer fuego. Fué preciso, para contener la campaña de la drensá, que el *Diario Oficial* ruso refiriese el caso, en una nota emanada del gobierno, en términos que atenuaban mucho la responsabilidad de Francia. En este país, Spuller, que en el entretanto había sucedido á Goblet, defendió como pudo al ministro de los cargos que le lanzaban los diputados, y expresó los sentimientos de simpatía del gobierno hacia Rusia y su pesar por lo acaecido: la Cámara aprobó una orden del día asociándose á estas manifestaciones.

Ni el incidente de Sagallo, ni el sentirse ofendido Mohreinheim con el juicio poco favorable á Rusia que Spuller cometió la ligereza de emitir en presencia de un diputado y que, corriendo de boca en boca, llegó á oídos del embajador moscovita, fueron motivos bastantes para modificar la resolución que ya había adoptado Alejandro III. Al interés político iba á unirse ahora el económico, al efecto de facilitar el acuerdo de los dos países.

Para ser duradera la alianza entre dos grandes pueblos, dice Daudet, no debe reposar solamente en el sentimiento; fuerza es que tenga también por base el interés de uno y de otro. Si es cierto que, de ordinario, en la vida privada, no se presta ningún servicio gratuitamente, es esto más exacto en los asuntos públicos. Los mayores bienhechores de un país son los jefes de Estado y los gobiernos que toman por regla, en su sistema de alianzas, la comunidad de intereses. Así debió comprenderlo el banquero de París, Hoskier,

dinamarqués por su nacimiento, pero francés por su elección. Se había naturalizado en el país vecino hacía veinticinco años, y durante la guerra franco-alemana, figuró entre los defensores de París. Conociendo á fondo los inagotables recursos que Rusia poseía, se había aplicado á crear entre esta nación y su patria adoptiva el vínculo de los intereses. Hasta entonces, cuando el gobierno ruso estuvo necesitado de dinero, se había dirigido á esos grupos internacionales de banqueros, tan poderosos por sí mismos como por la solidaridad que hay entre ellos, los cuales suscribían los empréstitos y después colocaban los títulos en una clientela poco numerosa, ó los conservaban en sus carteras. Tenía tal sistema el grave inconveniente de dejar el crédito del Estado deudor á merced del prestamista, que podía, en circunstancias determinadas, dar á los títulos emitidos el valor que más le conviniera. De este modo, por más que Rusia hubiese contratado alternativamente sus empréstitos en Alemania, en Inglaterra y aun en Francia, por mediación de la casa Rothschild, había visto pasar poco á poco á Berlín el mercado de su deuda y convertirse su crédito en tributario de Alemania. Con asombrosa perspicacia, Hoskier y las personas que compartían sus esperanzas y designios, adivinaron que, para unirse estrechamente á Francia, érale menester á Rusia sacudir la tutela económica de los alemanes. Hoskier y sus colegas consiguieron formar un sindicato, que robustecido con la agregación sucesiva de grandes establecimientos de banca, formó el instrumento de crédito más fuerte que haya sido puesto nunca á disposición de ningún Estado. El plan era trasladar de Berlín á París el mercado de los fondos rusos, y hacer que, en lo sucesivo, el Erario del imperio acudiese en sus apuros al ahorro francés. No obstante, á pesar de los ofrecimientos formales hechos en San Petersburgo, de los viajes de Hoskier á Rusia y del celo desplegado por los adictos al plan expuesto, los primeros pasos de los banqueros franceses no produjeron el menor resultado. Por más que se quiso guardar secreto, el asunto transpiró. La banca alemana, advertida del peligro que corría, procuró conjurarlo, siendo al principio tan afortunada en sus esfuerzos que, á fines de mil ochocientos ochenta y siete, el ministro de Hacienda ruso, sea porque no pensase por entonces en levantar nuevos empréstitos, sea porque quisiese no romper con la tradición, se excusó oficialmente de aceptar las espontáneas ofertas del sindicato francés. Hoskier y sus colegas no se desalentaron, esperando que la fuerza misma de las cosas conduciría á Rusia á solicitar su concurso. Tal ocurrió. A mediados de mil ochocientos ochenta y ocho, avisóseles que el ministro ruso deseaba tratar con ellos, y que les invitaba á enviar un mandatario autorizado para hablar en su nombre y provisto de plenos poderes. Naturalmente, el sindicato comisionó á Hoskier, que era el primero á quien se había ocurrido la idea que ahora llevaba trazas de realizarse, y que, además, conocía á los hombres y las cosas de Rusia, estaba emparentado con el general Appert, cuyo recuerdo se conservaba en San Petersburgo, y era compatriota de la Czarina.

Hoskier fué á Rusia en Octubre. Se le había encargado que nadie se enterara de los motivos de su viaje, y en la reunión que tuvo en el ministerio de Hacienda con el jefe y los principales funcionarios del ramo, comprendió la causa de la reserva. El gobierno ruso, tratando de unificar su deuda, estaba decidido á aprovecharse de esta circunstancia para tantear, levantando un primer empréstito, las disposiciones del mercado francés; mas era preciso que nada se trasluciese por de pronto, so pena de correr á un fracaso. Así, ninguno de los citados á la reunión mencionada sabían, al entrar, cuál era el objeto de ella. En cambio, al salir, estaban perfectamente informados del proyecto del gobierno, que el ministro de Hacienda, Wischnegradski, expuso á los concurrentes, y que consistía en emitir un empréstito por valor de quinientos millones al cuatro por ciento en oro, destinado á la conversión de otro empréstito, emitido en mil ochocientos setenta y siete al cinco por ciento, y de diferentes series de obligaciones consolidadas de ferrocarriles. Hoskier se manifestó pronto, en nombre de sus poderdantes, á emitir en Francia, en suscripción pública, el empréstito de los quinientos millones. La discusión de las condiciones duró próximamente un mes, siendo admitidos á tomar parte en ella representantes de los bancos alemanes. Entre el mercado de Berlín y el francés se empeñó una lucha muy viva. Los alemanes se agitaban en titánicos esfuerzos para retener la presa que amenazaba escapárseles: Hoskier les hacía frente y les disputaba el terreno palmo á palmo. Wischnegradski asistía á los debates como testigo y como juez. Estaba dotado de vasta inteligencia y claro sentido de los negocios, y era hombre enérgico y autoritario, aunque imparcial. En una de las reuniones, interrumpiendo á un banquero que le contradecía, exclamó: «¿Olvida usted que está hablando con el ministro de un gran imperio?». El interpelado le contestó, con cortesía, mas con firmeza, que discusiones como aquella no eran posibles si no se reconocía á todos el derecho de exponer su opinión con entera libertad. «Está bien, continúe usted,» dijo el ministro.

Durante el curso de los debates, Hoskier se vió constantemente solicitado en contrapuestos sentidos, por las graves responsabilidades que pesaban sobre él y su temor de ser batido por los alemanes. En Carlos Sautters, gerente del Banco de París y de los Países Bajos, autorizado por los establecimientos de crédito de Francia para contestar en su nombre á las consultas de Hoskier, tuvo éste un colaborador práctico é inteligente, que le auxilió con sus luces y sus consejos en los momentos más críticos. La victoria recompensó, al fin, las crueles angustias sufridas y la habilidad y tacto desplegados. Al expirar el mes de Noviembre, las dos partes estaban conformes en todo. El emperador sancionó el acuerdo, según costumbre, por medio de un ukase, y el diez de Diciembre era suscripto, en Francia, con exceso, el empréstito de los quinientos millones. La noticia de este magnífico resultado fué recibida en San Petersburgo con extraordinario alborozo. En una audiencia concedida á Hoskier, Alejandro III le dió las gracias por su

concurso, felicitándole calurosamente. Wischnegradski, por su parte, telegrafió á Sautters: «Conocidas las cifras definitivas, reitero á usted la expresión de mi profundo reconocimiento y admiración, por la habilidad y energía con que han procedido usted y los demás miembros del sindicato francés. Sirvase usted ser intérprete de estos sentimientos míos con los establecimientos y casas que han tomado parte en esta batalla, ganada mediante un esfuerzo supremo». Posteriormente, Rusia ha solicitado en distintas ocasiones, y siempre con el mismo éxito, el auxilio del ahorro francés. La próspera República es hoy, puede decirse, el cajero del colosal imperio. Se ha emancipado éste del vasallaje económico de Alemania; pero unido á Francia por el lazo de los intereses, si intentase romperlo, se inferiría á sí propio una herida mortal. Los establecimientos y banqueros franceses que han creado esta situación tranquilizadora, merecen la gratitud de su patria.

Mientras los preparativos de la campaña de los empréstitos contribuían á estrechar las relaciones entre los gobiernos francés y ruso, éste último manifestaba su intención de acercarse á la República, impetrando su ayuda para resolver sus diferentes cuestiones militares que á la sazón le preocupaban. El tres de Abril de mil ochocientos ochenta y ocho, Freycinet se hizo cargo de la cartera de Guerra, en el ministerio Floquet. La circunstancia de confiarse á un hombre civil la dirección del ejército constituía una novedad, que era objeto de juicios encontrados. En San Petersburgo, causó algún recelo no el carácter, mas sí la persona del nuevo ministro. Se temía que Freycinet sufriese la influencia del partido avanzado y, sobre todo, la de Clemenceau, amigo suyo, inclinado á seguir una política favorable á Inglaterra y cuyo ascendiente sobre el gobierno era conocido. No obstante, es de presumir que Freycinet, enterado de la desconfianza que inspiraba, halló ocasión de disiparla, porque en breve desapareció sin dejar rastro, siendo buena prueba de ello la pregunta oficiosa y secreta que á poco hubo de dirigirse el representante de Rusia, en París, para saber si el gobierno de la república autorizaría á su fábrica de armas de Challeterault á construir fusiles por cuenta del imperio. Freycinet apoyó fuertemente la demanda en el Consejo de ministros, dándose al embajador ruso contestación afirmativa.

En la época á que nos referimos, no era ya Julio Grevy presidente de la república. Sucesos escandalosos habían motivado su renuncia. El veintisiete de Diciembre de mil ochocientos ochenta y siete, corrió por París la noticia de haberse dado el retiro al general Caffarel, segundo jefe del Estado Mayor general en el ministerio de la Guerra. El hecho era exacto. Un Consejo de información, convocado reglamentariamente, declaró que el general Caffarel había cometido faltas contra el honor. La opinión pública se alarmó, viendo en todas partes espías y traidores; pero súpose enseguida que se trataba de actos indecorosos, no de crímenes contra la patria, y desde aquel momento, la poli-

tica envenenó el asunto. Caffarel debía su nombramiento á Boulanger, y no fué menester más para que la prensa adicta al general del *desquite*, no contenta con insinuar que el golpe asestado al protegido iba derecho contra el protector, enviase sus corresponsales á conferenciar con Boulanger, quien, habiendo salido del ministerio, desempeñaba á la sazón el mando del décimo-tercero cuerpo de ejército. Con su ligereza de costumbre, dijo Boulanger á quien quiso oírle, que consideraba como una maniobra dirigida contra él la persecución del segundo jefe del Estado mayor. El gobierno no podía tolerar este lenguaje, que envolvía un ataque á la disciplina del ejército: preguntó á Boulanger si aceptaba la responsabilidad de las palabras que se le atribuían, y habiendo contestado el general afirmativamente, le impuso treinta días de riguroso arresto.

La intervención de la prensa había prestado vastas proporciones al asunto, que aún se agravó más al resultar complicada en él la familia del presidente de la República. Detenido el general Caffarel al día siguiente de ser declarado en situación de no actividad, la información judicial abierta contra él puso de manifiesto sus relaciones con una aventurera, llamada la Limouzin, que tenía en la avenida de Wagram una verdadera agencia para el tráfico de condecoraciones y destinos. Habiendo sido registrado el domicilio de la Limouzin, cayeron en poder de la policía cartas que comprometían al general conde de Andlau, senador, y á Wilson, ex-subsecretario de Hacienda, antiguo presidente de la comisión de presupuestos y yerno de Grevy desde mil ochocientos ochenta y uno. Aunque Wilson era objeto de ciertas sospechas desde hacía tiempo, nadie, sin embargo, le hubiese creído capaz de explotar tan repugnante comercio, y mucho menos, de mezclar en él el nombre del jefe del Estado. Los papeles encontrados en casa de la Limouzin no permitieron forjarse la menor ilusión en este punto. En una carta datada en mil ochocientos ochenta y tres, Wilson encarecía á la Limouzin el interés de Grevy y el suyo propio en que se confiase al general Thibaudin el mando de un cuerpo de ejército. El presidente de la República se informó, pues, perfectamente de la complicidad de su yerno en el asunto Limouzin-Caffarel. Si entonces hubiese obligado siquiera á Wilson á abandonar el Eliseo, donde vivía, es posible que la opinión pública nada más hubiese exigido; pero, teniendo la conciencia tranquila en lo que con él personalmente se relacionaba, no adoptó ninguna precaución para desviar la tormenta que se cernía sobre su cabeza, sin comprender que las salpicaduras del lodo iban á llegar hasta su frente, con desprestigio de la institución presidencial y de la misma República. Las Cámaras estaban cerradas; cuando reanudaron sus tareas, el diputado imperialista Cuneo de Ornano pidió que se nombrara una comisión que informase acerca «del tráfico de funciones públicas y de condecoraciones»: la asamblea aprobó la urgencia de la proposición, por trescientos treinta y ocho votos contra ciento treinta. La atención del público, empero, se fijaba menos por el pronto en el palacio Borbón que en el de Justicia, en donde el siete de